

DON AMOR Y LOS TOLEDANOS

Cuenta el Arcipreste de Hita que a Don Amor lo expulsaron de Toledo por la Puerta de Bisagra, y debe de ser verdad, primero porque nadie da en mentir en tetrásforos monorrimos –que es el verso serio de la curia medieval– y en segundo, porque la realidad diría lo constata: En Toledo, como decía Marañón del humor, es más difícil encontrar un gramo de eso que llaman «amor fácil» que una pepita aurífera en el Tajo.

Desde tiempos del Arcipreste, por los menos, Don Amor ha estado proscrito de los usos y costumbres de Toledo, y esto es cosa que, a pesar de los cambios generacionales, aún persiste en el ambiente de la Primada. A lo más, Toledo cuenta con el erotismo del turismo, pero no del turismo costero y frívolo, sino del tipo «me verás pero no me catarás» que se da en el interior, que viene, compra su espada del Cid y retorna en el tren de las 7,55 a dejar la rentabilidad erótica en Torremolinos. En Toledo, la turista del short que pasa encandilando al personal nativo sólo deja una estela de tiques que empiezan por el billete de venida y culminan con el de regreso a Madrid.

Porque, en efecto, el erotismo de Toledo más tarde o más temprano acaba siempre estando en Madrid, que es a donde debió marchar el Don Amor del Arcipreste. En la capital de España no sólo están los grandes almacenes de los toledanos, sino sus grandes pecados también. En Toledo «la otra» siempre ha estado en Madrid, de manera que al toledano eso del «pecado capital» le ha sonado siempre a capital de España, o sea, a cosa madrileña. Ello explicaría que Toledo ocupe entre la totalidad de las capitales españolas el título agrídulce de ser una de las más «virtuosas», porque el deporte local es, desde la invención del «seiscientos», el de la escapada matritense y el hundirse, con periodicidad variable –que cada cual se administra a su manera– en la oceanografía anónima de la Castellana, donde por algo está Neptuno.

A diferencia de muchas otras ciudades del país, Toledo no tiene, y nunca ha tenido, uno de esos barrios que la Celestina llamaría «alegres», ya que para alegrías ahí está La Cibeles a tiro de cien duros de gasolina.

Aquí, en la aljama, ninguna de las tres culturas se ha comido nunca un rosco y sólo un tímido intento de frivolidad bajo fianza ha instalado su



atalaje para camioneros con prisa frente al falo neomudéjar de la estación del ferrocarril.

Talavera es otra cosa, claro; en Talavera florecen los chiringuitos del amor porque aunque no tiene puerto de mar –que genera mucho–, sin embargo tiene mercado de ganado –que también genera–. Dicen que la brucelosis a las primeras que afecta económicamente en Talavera, cuando se declara la epidemia, es a las trabajadoras del amor, y ninguna época fue peor para el negocio que aquella en que el mercado de ganado estuvo una larga temporada clausurado. En torno del charolés talaverano ha surgido la cultura de la barra americana como en Noruega alrededor del reno ha crecido la civilización de los lapones.

Toledo es diferente. Si alguna vez se diseñara la ruta erótica de Castilla-La Mancha, de manera análoga a como se está impulsando la ruta del Quijote, la contribución de Toledo no pasaría de mostrar algún relieve procaz de la sillería del coro catedralicio y las discretísimas ruinas del Baño de la Cava, todo ello, como se ve, materia retrospectiva, que en Toledo cualquier tiempo pasado fue más erótico. Sirva de ejemplo la carta de Andrés Navagero, de 1525, en la que se describe cómo el clero de Toledo entendía el Renacimiento: «... de modo que los amos y señores de Toledo, **principalmente de las mujeres**, son los clérigos, que tienen hermosísimas casas y gastan y triunfan dándose la mejor vida del

mundo». En Toledo todo se vuelve historia, y hasta en tratándose de las cosas de la libido hay que volver la vista atrás. El Arcipreste, sin ir más lejos, nos cuenta cómo los clerigos de Talavera acogieron al enviado del obispo que venía con el encargo de prohibirles cohabitar con mancebas: «Con aquestas razones que la carta dezía: fincó muy quebrantada toda la clerezía». Hoy, la clerezía de Toledo, ni aún la de Talavera, es ya la que era. Ni siquiera los cigarrales han escapado a esta devaluación de los tiempos, al decir del propio Gregorio Marañón: «Pero la verdad es que en la España de entonces, bajo una severidad rigurosa, había, con Inquisición y todo, una corrupción de costumbres escandalosa, como siempre ocurre en las épocas de opresión. La historia oficial es muy circunspecta a este respecto; pero en cuanto entramos en el subsuelo social que nos revelan las crónicas y gacetillas y, sobre todo, los procesos inquisitoriales, nos sobrecoge un vaho de rijosidad y de pecado. En Toledo mismo adviértese ese tufillo que, desde los Cigarrales, que eran no pocas veces casas de cita, se extiende hasta los palacios, hasta los mismos conventos y hasta la intimidad de no pocos respetables del Cabildo».

Aparentemente el erotismo en Toledo es cosa muerta, pero, como los muertos del Tenorio, goza de buena salud, porque lo que pasa es que el toledano cuando besa es que besa en Madrid y allí, claro, es que no se entera nadie. ■